

Alejandro Mendible

## Argentina: el nuevo "look" en la Casa Rosada

Recientemente el presidente argentino, Carlos Menem, sorprendió a sus compatriotas con un nuevo cambio en su aspecto personal, se quitó parte del peluquín, que parece ser coherente con el cariz reformista neoliberal del Gobierno. Desde la Casa Rosada, nombre con el cual se conoce el palacio presidencial, trata de vender la aparente imagen de que su país ya ingresó al primer mundo. Menem es un tipo, según señala un conocido humorista, que hace todo lo que se le antoja: «incluso gobernarnos». Su extravagante comportamiento y sus condiciones carismáticas según la periodista Gabriela Cerruti, quien publicó el libro «El jefe», lo tornan un personaje impredecible. En esta oportunidad, al frente del gobierno que preside desde 1989 algunos analistas le reconocen haber iniciado un proceso de reformas muy profundas orientadas a erradicar la hiperinflación, reconstruir el Estado, dar vigencia a una economía popular de mercado, e integrar la economía argentina al mundo. Pero, posiblemente lo más sorprendente de su comportamiento consiste en ser un presidente de filiación peronista que ha desmontado el resistente Estado creado por Perón después de la Segunda Guerra Mundial. Igualmente, desvanecer la oposición que persiguió a los militares desde 1955 para terminar con el «problema peronista», después de 1976 convertida en cruento terrorismo de Estado y una guerra sucia que le costó a la nación miles de desaparecidos. Hoy Menem busca la reelección presidencial y el «menenismo» dice haber retomado el rumbo histórico argentino. Para este propósito el presidente ha contado con la «eficiente» colaboración de su ministro de economía, Domingo Cavallo. Pero el «cavallazo», término con que es conocido el paquete económico en la Argentina, ha logrado en tres años la controversial tarea de estabilizar la economía del Estado a expensas de desarreglar la

situación económica de la mayoría del pueblo argentino.

### LA PERDIDA DE RUMBO

La década de 1930 generalmente es señalada como el momento cuando se altera el curso evolutivo argentino. Tres hechos importantes incidieron para la ruptura evolutiva. Primero, la incidencia de la gran crisis del capitalismo en 1929; segundo, la crisis política surgida durante el segundo gobierno de Hipólito Irigoyen, y tercero, el pase de la clase obrera al primer plano de los acontecimientos nacionales.

En Argentina, después de su independencia, se inicia un período de luchas intestinas y para ponerle fin en 1826 se dicta una constitución y se elige a Bernardino Rivadavia como primer presidente de la nación. Las luchas civiles continuaron hasta el ascenso del caudillo Juan Manuel de Rosa partidario del federalismo. Rosas instaura uno de los períodos dictatoriales de mayor discusión en la historia del país por cuanto se le asocia con la implantación del Estado.

En 1851 un levantamiento dirigido por el general Justo José de Urquiza pudo organizar un gran ejército y derrotar al dictador en la Batalla de Caseros el 3 de febrero de 1852. El siguiente año se sanciona una constitución tomando como modelo la de los Estados Unidos. Esta Carta Magna es la de mayor duración en la historia argentina, con interrupciones importantes como la establecida por Perón en 1949 para buscar la reelección.

En las últimas décadas del siglo XIX la nación experimentó un gran crecimiento. Sin embargo, la nueva sociedad constituida se caracterizó por ser básicamente cerrada y excluyente. Adoptando un aparente ropaje de liberalismo la etnia blanca dominante practicó de manera sistemática una política excluyente y exterminadora de los nativos

pobladores. La Argentina entre 1850 y los primeros años de este siglo, multiplicó por 10 su población. De 800.000 habitantes se pasó a 8 millones en 1914. En esos años la población pasó de ser predominantemente indígena, mestiza y negra, con una minoría blanca, a ser mayoritariamente blanca, debido a la fuerte inmigración.

Con el gobierno del general Bartolomé Mitre la tendencia de progreso material y cultural se intensifica con la construcción de ferrocarriles y puertos, la instalación del telégrafo, la colonización de grandes extensiones de tierras, la libertad de navegación y de comercio. Después, con Domingo F. Sarmiento el desarrollo se orientó hacia el sistema de la educación pública. En su conjunto, y de manera satisfactoria hasta la década de 1930, la economía argentina logró integrarse de manera satisfactoria al sistema mundial de comercio y los gobiernos que se sucedieron se limitaron básicamente a construir la infraestructura necesaria para hacer más fluida la viabilidad económica.

En 1916 subió a la presidencia Hipólito Irigoyen jefe del Partido Radical, el cual representaba la aspiración de la clase media en ascenso. Desde la presidencia se impulsaron leyes sociales y la reforma del sistema universitario. En 1928 Irigoyen fue de nuevo elegido pero en marzo de 1930 su partido perdió por primera vez una elección y el 6 de septiembre de ese mismo año estalló un movimiento armado que derrocó al gobierno interrumpiendo la vida institucional y alterando la evolución política del país.

En la década de 1940 aflora el fenómeno del populismo conocido como peronismo. Esta manifestación tiene una tremenda incidencia en el desarrollo contemporáneo del país. El fenómeno guarda relación también con el nacionalismo económico, el antimperialismo, el desarrollismo, la industrialización, la urbanización, los movimientos migratorios, la emancipación económica, etc. En la práctica el peronismo es un amplio movimiento que busca darle cierto sentido al proceso evolutivo contemporáneo de la Argentina. Como realización presenta la ampliación de la ciudadanía.

La definición y la explicación del peronismo ha interesado a lo más representativo de la intelectualidad argentina. Gino Germani, el creador del pensamiento sociológico argentino, reconoció hace algún tiempo en una universidad de Canadá, donde reside, que, «me fui porque, después de más de veinte años, no logré comprender el

fenómeno peronista. Quien no entiende el peronismo no entiende la Argentina y un sociólogo que no entiende el país en que vive debe mudarse a otro». Otro reconocido intelectual argentino, Mario Bunge al tratar de explicar el populismo señala que el partido justicialista dice ser la voz de los humildes, se atribuye luchar por mejorar su bienestar y sobre todo, porque se le trate con dignidad. Poco importa, dentro de ciertos límites, lo que haga el populismo en el poder. Poco importa que manosee los sindicatos, persiga a los heterodoxos o distraiga fondos públicos. Lo más importante es la aparición del gobierno popular: que la gente perciba a sus dirigentes como a hermanos mayores solícitos, no como a miembros de una élite distante. En resumen, tanto en el caso de las masas como en el de los dirigentes, el peronismo atrajo a los de más abajo, a los que no tenían otra salida, a los que ya no tenían esperanza.

En particular, el peronismo se enseñoreó en la clase obrera teniendo una fase organizativa entre 1943 y el 45. La acción preparatoria se presenta a partir del 4 de junio de 1943 cuando se produjo una revolución que derrocó a Ramón Castillo, y el general Arturo Rawson, se proclamó presidente. La revolución del 4 de junio es fundamental para comprender la evolución política contemporánea de Argentina y su posición de neutralidad durante la Segunda Guerra Mundial lo que la llevó a entrar en colisión con los Estados Unidos.

La secuencia de los eventos condujo al desplazamiento de Rawson por el general Pedro Ramírez y éste, a su vez, fue desplazado por el general Edelmiro Farrell. En octubre de 1945, Perón asciende al poder mediante un golpe popular de las masas de descamisados organizados por Evita, su mujer, quien se transforma en la gran «caudilla» del movimiento. A partir de ese momento se agudiza la confrontación con los Estados Unidos y se centralizan los sindicatos en la CGT (Confederación General del Trabajo), estableciendo una fuerte vinculación con el Partido Peronista.

El Embajador norteamericano, Braden, objetiva el antagonismo de los sectores reaccionarios que se oponen a Perón. En las elecciones presidenciales de ese año, para contrarrestar la insidiosa propaganda de sus enemigos, Perón manda a imprimir el «Libro Azul» donde señala que, «movidio por su despecho; el Sr. Braden ha pretendido denunciar la situación argentina como una lucha de la democracia contra una tiranía de

tipo «nazi», cuando lo que existe, en realidad, no es otra cosa, que una revolución esencialmente democrática contra una oligarquía expoliadora y antinacional».

Perón gana fácilmente las elecciones, y durante su primer período de gobierno emprende una amplia legislación social unida a las nacionalizaciones, destacándose la de los ferrocarriles en 1948, ampliando la participación del Estado argentino en la soberanía económica. En 1955 es derrumbado el gobierno, se presentan las primeras matanzas de sus partidarios, y empieza un largo proceso de inestabilidad, el cual afecta profundamente el desarrollo económico del país. A partir de ese momento, se inicia una larga serie de dictadores militares solamente interrumpidas por cortos y agonizantes parentesis de gobiernos civiles, como los de Arturo Frondizi y Arturo Illia. En 1969, se produce el impactante cordobazo que desconcierta el poder militar, y de esta manera llega a la presidencia Hector Cámpora quien sorprende renunciando para permitir el regreso de Juan Domingo Perón. El caudillo muere en la presidencia y lo sucede su esposa María Estela Martínez, quien demuestra su impotencia ante la escalada de violencia donde actúan como protagonistas principales, la «Triple A» (Alianza Anticomunista Argentina, creada por el tristemente célebre superministro López Rega), y los montoneros.

Ante la escalada insurreccional los militares dan un golpe de Estado en 1976, dando paso a la infausta actuación de los generales Jorge Videla, Emilio Massera, Orlando Agosto y Roberto Viola, hasta 1982, cuando se produce la guerra de las Malvinas, de enormes consecuencias para comprender la situación actual.

Los militares, sustentadores del poder hasta 1983, hicieron prédica de que el peronismo era la expresión de una tiranía oscurantista absolutamente extraña a la tradición nacional argentina, como una filosofía totalitaria irresponsable que había corrompido moralmente a la juventud de la nación y a sus políticos, y como un sistema político y social que llevaba a la nación directamente por el camino de la disolución social y el comunismo. En el último punto, representaban de manera furibunda los postulados de la Guerra Fría.

Pero, en realidad reflejaba un problema de clase donde los militares de manera decidida impedían que los grupos de bajos ingresos ejercieran influencia política.

## ARGENTINA RETOMA EL RUMBO

Actualmente, los observadores de la situación Argentina señalan la eventual estabilización de la democracia, después de la transición de una administración civil a otra, sin que se vislumbre hasta los momentos la amenaza del golpe militar. La quiebra del militarismo es de tal proporción que aparentemente no le queda a la institución armada, como única opción, el profesionalismo militar.

Mediada por su más profunda crisis, Argentina retomó la senda democrática en 1983, durante el gobierno de Raúl Alfonsín. El gobierno de Alfonsín recibió una herencia de 62.000 mil millones de deuda externa, con un atraso de 13 meses en el pago de los servicios de la misma, a lo que se le sumaba la dolarización de la economía. El asunto militar continuaba presentando preocupación, porque se encontraba pendiente el juicio a la alta oficialidad por los desmanes cometidos durante la guerra sucia. La indisciplina de un sector del ejército los «caras pintadas» constituían un reto a la disciplina incluso para el alto mando. El partido de Alfonsín representaba los intereses de la clase media enfrentada al movimiento sindical tradicionalmente controlado por los peronistas. En tal sentido el apoyo popular del gobierno se fue evaporando en la medida que se profundizaba la crisis económica. Para contener la crisis se implementó primero, el plan de estabilización «Austral» en 1987, y el año siguiente completamente deteriorado, se implementó uno nuevo, el «Primavera», el cual corrió con la misma suerte. En 1989, cuando se presentan las elecciones presidenciales la situación económica se encontraba en un período crítico.

En las elecciones del 15 de mayo triunfa el candidato peronista Carlos Menem, contra Eduardo Angeloz de la Unión Radical. La situación era bastante grave y los medios de comunicación reseñaban cómo los supermercados eran custodiados por la policía, así como de los insistentes rumores sobre inminentes estallidos sociales motivado por una inflación descontrolada. Las expectativas sobre el nuevo gobernante eran inciertas, y se temía de que el peronismo adoptara posiciones populistas que indefectiblemente conducirían a polarizar la sociedad argentina.

Pero un conjunto de factores creaban una nueva coyuntura para el inicio del gobierno de Menem. El peronismo que

regresaba al control del poder era sustancialmente diferente: en lo interno se había democratizado surgiendo tendencias que se expresan públicamente y superando sus diferencias por las disputas electorales internas. En lo externo, sus tradicionales antagonistas, los militares, se encontraban completamente desacreditados e invalidados para gobernar. Durante las administraciones militares las desacertadas medidas económicas aplicadas hicieron que tradicionales aliados de la burguesía, que generalmente constituían el eje de alianza político antiperonista, se apartaran y temieran a los gobiernos militares. La guerra de las Malvinas en 1982, le restó el apoyo de viejos aliados internacionales como los Estados Unidos. Por otra parte, la derrota del Justicialismo en las elecciones de 1983 había roto el mito de que el movimiento era invencible mediante el torneo electoral.

También contaba para el inicio de la gestión presidencial la disminución de las tensiones de problemas de gran incidencia en el desenvolvimiento de la política nacional tales como, el diferendo fronterizo con Chile, el satisfactorio acercamiento con el Brasil, su tradicional rival histórico, con el cual competía por el liderazgo sudamericano, y se había iniciado un interesante proceso conocido como MERCOSUR. Además, en el orden mundial, la evaporación de las «amenazas» procedentes del bloque comunista, colocaban a los sectores de izquierda en situación difícil. También confrontaba dificultades el movimiento sindical, porque se encontraba muy dividido y había perdido el tradicional poder de convocatoria para oponerse a la nueva política gubernamental.

Sin pérdida de tiempo Menem adelantó una reforma coherente, completa y acelerada del plano económico. Empezó hablando de «economía popular de mercado», y en la práctica con los hechos se fue acercando más al campo de los empresarios y de la burguesía argentina, subestimando su base social de apoyo consistente en la clase obrera. Afianza alianzas con los sectores liberales y contrata asesores norteamericanos como el economista Jeffrey Sachs. Entre otras medidas iniciales decreta la reconversión de la mayoría de los depósitos bancarios, suspende la prefinanciación de las exportaciones, las licitaciones del Estado y legaliza los depósitos en dólares, aumenta ostensiblemente la gasolina y todos los servicios públicos.

Hoy, después de tres años de gobierno,

sus voceros se ufanan de haber reducido considerablemente el presupuesto gubernamental, reformado el sistema fiscal y elevado los impuestos, vincular la moneda nacional al dólar de los Estados Unidos, mantener un nivel elevado de reservas de divisas en el Banco Central y sostener un límite legal a la impresión de papel moneda no respaldado por divisas, simplificar las reglamentaciones gubernamentales, rebajar las barreras arancelarias y privatizar numerosas industrias.

Por otra parte, la propaganda oficial se encuentra de plácemes al mostrar cifras envidiables: el PTB alcanza a 7.200 dólares per cápita, el crecimiento subió al 5% y los niveles de inflación bajaron al tolerable índice del 6%. Pero, lo que la propaganda oficial no dice, es que el costo social acumulado es enorme. Un ejemplo de ello lo constituyen los 3.300.000 jubilados que tienen que ingeniárselas para vivir con tan solo 200 pesos mensuales causando esta penosa situación un incremento de los suicidios según comentan los medios.

Menem ha logrado superar el problema militar mediante la negociación del indulto a todos los condenados y acusados, tanto por violaciones a los derechos humanos como por los levantamientos por la obediencia al poder civil. En el mes de noviembre de 1990 fue quebrado el eslabón más irreductible del ejército, el de los «caras pintadas», reduciendo a prisión al coronel Mohamed Ali Scideldin, y forzando al co-

ronel Aldo Rico, ex «héroe» de las Malvinas, a ingresar a la política formando un partido el «Movimiento por la Dignidad y la Independencia» (MODIN), de orientación ultra nacionalista. Con el indulto, el presidente aprovechó para nivelar al movimiento montonero, vanguardia guerrillera del peronismo durante los lucha insurreccional contra los militares; junto a los generales Emilio Massera, Jorge Rafael Videla y Roberto Viola, se indultaron a los guerrilleros Fernando Vaca Narvajo y Roberto Cirilo Perdías.

En política internacional, el gobierno de Menem trata de cambiar la imagen tercermundista para encontrar acomodo en el primer mundo. Con este propósito, Argentina se retiró del movimiento de los no alineados y empezó a establecer relaciones privilegiadas con los Estados Unidos. Los alcances de estas relaciones, denominadas por el Canciller argentino Guido di Tella como de «relaciones carnales», dieron bases para una andanada de humorismo. Con Inglaterra se han establecido también relaciones especiales, con este propósito en el mes de enero de este año visitó Buenos Aires el Canciller inglés Douglas Hurd, y los medios señalaron que las relaciones se encontraban definitivamente normalizadas.

En octubre el peronismo triunfó en los comicios legislativos, y desde entonces Menem viene sorteando los escollos para su reelección. Con este propósito presenta su nuevo «look» en la Casa Rosada.



## MENDIBLE, Alejandro. Venezuela y sus verdaderas fronteras con el Brasil

(Desde el Tratado de Tordesillas  
hasta la incursión de los  
garimpeiros).

Centro Abreu e Lima de Estudios  
Brasileños.

Instituto de Altos Estudios de  
América Latina.

Universidad Simón Bolívar.

Caracas, 1993. 352 pp.